

De las fronteras del río Quibú en la obra de Ronaldo Menéndez

Gabrielle Croguennec-Massol
Université Paris Sorbonne

¿Quién violó y mató a Julia?

La frase que encabeza el resumen de *Río Quibú* de Ronaldo Menéndez suena a novela policiaca, a misterio, a enigma por resolver. Si bien conocemos la respuesta a esta acuciante pregunta al final de la novela, el descubrimiento esencial que hacemos, al seguir el cauce del Quibú y adentrarnos en otro mundo en compañía de Júnior, el hijo de Julia que quiere descubrir quién mató a su madre, es la solución de otro crimen mayor, aplastante, nacido de las condiciones de vida en el espacio de la novela. Basta con salvar el puente, salvar el río Quibú para que se borren todas las referencias de los personajes, y a veces las del lector. El viaje no tiene retorno o, si tiene, deja huellas indelebles. Es esta la experiencia que va a vivir Júnior (o Mateo), el hijo de Julia. Después de la muerte de su madre y la desaparición de su padrastro, Júnior decide investigar por su cuenta y se adentra en las tierras peligrosas del Quibú, el río que dibuja las fronteras entre dos Habanas, entre la inocencia y la culpabilidad, lo legal y lo ilegal, la vida y la muerte.

En *Río Quibú* —la segunda parte de lo que el mismo autor anuncia como una trilogía de la miseria y cuyo inicio fue la novela *Las Bestias*— Ronaldo Menéndez utiliza todos los recursos de la novela negra para adentrarse en la oscuridad que parece emanar del ser humano¹. En *Las Bestias*, el tema principal aborda la deshumanización del hombre por el hombre, en *Río Quibú*, el autor da un nuevo paso hacia la barbarie, ya que el hombre deshumanizado se vuelve carne para alimentar a su prójimo. En ambas novelas, aparece un personaje extraño, el Gordo, protagonista y narrador al mismo tiempo, espectador de la crueldad de los hombres a los que manipula como un demiurgo despiadado, obligándolos a volverse bárbaros. En *Río Quibú*, el único personaje que logra escapársele es Julia.

Hoy en día el Quibú es un río muy contaminado que acarrea problemas para el medio ambiente, sobre todo cerca de su desembocadura al sur de La Habana. En la novela de Ronaldo Menéndez, el río crea una tierra de nadie, un territorio dentro del territorio más amplio de la ciudad y de la isla, una frontera entre dos sociedades que se oponen; una frontera compleja, así como los personajes que la cruzan.

La primera frontera que señala el río es meramente geográfica: separa la ciudad en dos, con una parte poblada y animada: "En el infinito de la ciudad es un concierto de coches y de luces que no se ven" (Menéndez, *Río Quibú* 59), y una más salvaje: "los alrededores del Quibú son una selva"(47), o también "Julia salió del sendero y la hierba le llegó a la cintura"(48).

1 || La oscuridad es el tema de la tesis que trata de escribir el protagonista de *Las Bestias*, Claudio Cañizares.

A esta selva se añade una fauna extraña. Las márgenes del río albergan, según una leyenda urbana, "cocodrilos cimarrones"—animales monstruosos que devoran a los extraviados— y las puebla una humanidad fuera de las leyes y que vive del tráfico: la cría de cerdos o de cocodrilos para encontrar carne en un país donde escasea, y la construcción clandestina de balsas para los que quieren escaparse de la isla. Para esos, el Quibú y su territorio son el punto de partida de un sueño: franquear una frontera marítima y alcanzar la tierra de promisión representada por Estados Unidos, mientras que en realidad es el punto final de la aventura, ya que la gente del Quibú estafa a los balseros y los mata. El Quibú es la frontera entre la barbarie y la civilización, entre una parte de la isla controlada por la figura del General, que aparenta normalidad, y las tierras del Quibú bajo el mando del Gordo, quien establece las reglas del lugar. Los moradores del Quibú —si bien representan una humanidad fuera de las leyes, valiéndose de todos los medios para sobrevivir— pertenecen a todas las etnias de la sociedad cubana: "Al borde del río no viven sólo negros, hay de todo, blanquísimos, mulatos congos y carabalíes" (53). Este microcosmos, reflejo de la sociedad entera, prueba que todos sin excepción pueden llegar a cruzar la frontera según las circunstancias, ya sea la frontera geográfica o la moral. Sin embargo, con el empleo de los adjetivos "congos" y "carabalíes", el autor parece aludir a los tiempos coloniales, cuando estaba vigente la esclavitud y los esclavos eran clasificados según su origen africano, en una tentativa seudocientífica de poner en orden un mundo vinculado a la barbarie, según las ideas de la época². Así, el lector puede comprender que la orilla del Quibú es la morada de gente bárbara que ha abandonado la civilización y por consiguiente una parte de su humanidad.

En efecto, varios personajes franquean la frontera, pasando así de la civilización a la barbarie como Aristóteles, el policía encargado de la investigación pero cómplice del Gordo, Yoni, el padrastro de Júnior, quien intenta huir de la isla y descubre el tráfico, y por fin, al mismo Júnior. El paso se hace sobre todo en un sentido, desde la civilización hacia la barbarie; sólo al final de la novela la barbarie invade la ciudad con la llegada masiva de la gente del Quibú al centro, o con los que vuelven hacia la parte noble de la ciudad y conservan rasgos indelebles de barbarie. Para Júnior, salvar la frontera del Quibú es perder la inocencia de sus 14 años, convertirse en un ser sexuado, desprovisto de escrúpulos, que acabará por matar. En los pasajes en primera persona, el chico

2 || Podemos citar a Don Cándido Gamboa, uno de los protagonistas de *Cecilia Valdés*, que habla así de sus esclavos: "Mas todos éhos son congo real, congo loango, o congo musundi, raza humilde, sumisa, leal, la más propia para la esclavitud, que parece su condición natural" (Villaverde 362).

se designa como "el que yo era", dando constancia de una clara transformación. Su estancia a orillas del Quibú lo vuelve adulto.

Júnior aprende a sobrevivir en ese mundo hostil, siendo primero presa, luego cazador, después de pasar una suerte de rito iniciático impuesto por otros chicos que le obligan a pelear. Es una manera de crearse su propio sitio en esta tierra del Quibú, en la que Júnior es como un extranjero que acaba de cruzar clandestinamente una frontera. El mundo del Quibú no tiene ninguna piedad, ni siquiera para sus propios moradores, anunciando así de antemano el ritual antropófago de la especie condenada a devorarse a sí misma.

El río es también una frontera de efluvios sospechosos que marca un territorio; inclusive invade la ciudad moderna, como si los olores escapados de su territorio salvaje recordaran a la ciudad una parte vergonzosa de sí misma que quisiera olvidar: "El río Quibú es una mojonera que surca como una vergonzante arteria parte de la capital, y sus aguas son excretadas silenciosamente a través de enormes tuberías subterráneas a media milla de la playa, muy cerca de la Marina Hemingway" (Menéndez, *Río Quibú*, 25).

El río Quibú es pues el vientre de la ciudad, su aparato digestivo, frontera anatómica entre lo alto de la ciudad, y las "bajas funciones", la digestión y el sexo desenfrenado. Así lo confiesa Júnior al salir de estas tierras: "Recorrió todo el intestino de la zona, el grueso y el delgado" (117). Al contrario de Julia, cuyo cuerpo fue devuelto intacto a la orilla de la ciudad, Júnior es tragado, digerido y expulsado por el Quibú, como excremento, así como Yoni, su padrastro, cuando logra escapar de los traficantes, mientras asesinan a su socio: "Pero aunque Yoni era un gran nadador, el río tenía medio metro de profundidad, de modo que tras incrustarse contra las pegajosas piedras del fondo, el perseguido tuvo que reptar bajo aquella anaconda de agua fétida" (65).

La otra función importante es el sexo, sin límites ni reglas. Las orillas del río son el lugar de juegos sexuales entre Yoni y Julia, que establecen una relación ambigua violador/violada; y por su parte, Júnior se inicia en el sexo violando a la chica contra quien peleó y que le dio de comer. Víctimas consentidoras, Julia y la chica mueren del mismo modo, estranguladas accidentalmente por su amante respectivo con el cual siempre extremán las fronteras del placer y del juego. Sin saberlo, Júnior, que al principio de la novela piensa en la sexualidad de su madre y se "siente sucio", repite el juego sexual de sus padres, hasta cometer el mismo crimen: un paso más hacia un cierto mundo adulto.

En su viaje por el intestino de la ciudad, Júnior descubre el tráfico más horrible de la ciudad, el de carne humana: "la gente del Quibú" mata a los balseros, los despedaza y los vende como carne para suplir la penuria de proteínas que afecta a la población. Así se acaba para los fugitivos el sueño de una vida mejor, la

isla funciona como una trampa primitiva de la que no se pueden escapar. El tema de la antropofagia —ya tratado en el relato breve “Carne” (Menéndez, *De modo que esto es la muerte*)— vuelve así en esta novela. La ciudad se nutre de sí misma, el Quibú digiere los alimentos, lo que explica la presencia de restos humanos atribuidos a los cocodrilos, metáfora de los hombres que devoran a otros hombres: “Ya están sembrados los anales del mito: de tarde en tarde aparecían brazos amputados, alguna que otra cabeza de ojos incrédulos, botas con un pie de algún incauto que había metido la pata” (*Río Quibú*, 27).

Sin saberlo, Júnior ha sido iniciado en apreciar la carne humana, que le ofrece regularmente la chica a quien viola y que se relaciona con un mítico Menú Insular, del que le habló su padrastro. Si al principio el aspecto negruzco y el sabor raro de esa carne le dan asco, poco a poco va acostumbrándose hasta que ya no puede evitar comerla: “Pero yo extrañaba la carne de verdad. La oscura carne, esa que era el pan de cada día en los márgenes del Quibú” (119).

El Menú Insular, que Júnior va a alcanzar al matar y comerse a su antiguo socio Bob, como en un rito caníbal, simboliza la abundancia imposible en una isla controlada por la figura inamovible del General, que representa, según la misma Julia, la Historia, en una isla que sufre de la escasez de carne y de las dificultades de abastecimiento y del racionamiento, y que solo deja que sus habitantes sobrevivan o huyan del país, como lo dice Yoni: “Esto es una isla estrangulada y con la lengua afuera, aquí no hay futuro ni cuando se muera el General, la gente se ha echado a perder por culpa de la extinción del Menú Insular” (67-68).

Por otra parte, recordemos que el canibalismo existió en ciertas islas del Caribe y pasó a simbolizar la barbarie a los ojos de los primeros europeos. Ronaldo Menéndez parece así remitir a un sustento de “barbarie” que se manifiesta por las penurias que conoce la isla y se opone al *orden de la civilización* simbolizado por el General.

La escasez de carne justifica, de cierto modo, todos los tráficos que descubre Júnior a lo largo de la novela: el de carne humana, y también la “creación” de carne a partir de desechos, cuando el protagonista llega al final del “intestino” del Quibú, a un sitio que se llama “Pocito”. Este lugar que forma parte del municipio de Marianao fue famoso durante el período colonial por tener un manantial con propiedades medicinales para enfermedades del aparato digestivo; así se refuerza la imagen Quibú/intestino gracias a la historia insular. Allí, la gente trafica también carne, fabricándola a partir de trapos macerados, o capturando aves carroñeras que también se alimentan de desechos y basuras (auras tiernas) y vendiéndolas como “pavos de altura”: “La gente

se pelea por comprarlos, me informaron, con la falta que hace la proteína en este país" (119).

Así, encontrar carne se vuelve la principal preocupación del país, como si toda la población perdiera su humanidad para concentrarse en una necesidad que la aproxima más a lo animal, en una cadena sin fin en la que cada uno puede ser el cazador o la presa, como al final de la novela cuando la gente del Quibú pasa la frontera en el otro sentido e invade la parte noble de la ciudad, en un triunfo gigantesco de la barbarie sobre la civilización. En esta última parte de la novela, los del Quibú son esencialmente negros que están buscando a Júnior para matarlo, en una especie de caza tribal acompañada por la música de la conga. Canto y baile se mezclan con la persecución del chico que deja de ser visto como humano para volverse presa o carne.

La pérdida de humanidad empieza ya cuando Júnior cruza el Quibú, los demás humanos se parecen más a los animales, son una "especie que se aletarga al mediodía", ya no hablan como los chicos con los que se pelea: "Dos machos y una hembra, suman tres y apenas hablan". (54)

Más tarde designa a la chica a quien viola y a la que nunca habla como "amasijo de carne violada". Del mismo modo, su antiguo socio se convierte en carne cuando Júnior decide matarlo y comérselo, y hasta el General, aquella figura simbólica de la Historia de la isla, muere al final de la novela, de un cáncer del intestino por más señas, y acaba vendido a una empresa de hamburguesas, lo que simboliza la victoria del capitalismo sobre el socialismo, y por lo tanto el fracaso de la ideología que representaba el General: "¡Ya no van a momificar al General, su cuerpo lo ha comprado la hamburguesería de la esquina, el socialismo devorado literalmente por el capitalismo!" (129). Así, en vez de conservar el cuerpo del General, o al menos rendirle homenaje mediante un rito funerario —como lo hace la especie humana desde hace miles de años, diferenciándose así de los animales— lo transforman en carne, mercancía, avanzando más hacia la pérdida de humanidad y de civilización.

La búsqueda intensa de la menor fuente de proteínas hace de los hombres predadores y contribuye a su deshumanización. El que nota estas transformaciones en sí mismo es Júnior, en los capítulos en primera persona en los que el personaje se juzga desde otra personalidad "el que era yo entonces", añorando una "edad de oro" que la muerte de su madre, su viaje al Quibú, su experiencia, le forzaron a abandonar: Júnior se enfrenta a las numerosas mentiras de los adultos, incluso a la traición de su mejor amigo. El policía encargado de protegerle es cómplice del Gordo, el jefe de los traficantes de carne, y trata de manipular al chico para que este mate al Gordo cuando comprende que su propio jefe quiere eliminarlo. Al final de la novela, el Gordo, que se presenta como

escritor, traficante de armas y otros objetos, y actúa como si todos los personajes formaran parte de la novela que está escribiendo, propone que Júnior mate a Yoni, su padrastro y quien lo educó, y el verdadero responsable de la muerte de su madre. Pero el chico se niega a hacerlo como si no pudiera eliminar la figura del padre, por más gastada que sea. En el último momento, el chico vuelve a una especie de inocencia de la infancia, negándose a volverse uno de esos adultos embusteros, traicioneros y crueles que pueblan la novela. Frente a la crueldad de ese mundo adulto, aplastado por un régimen político que no deja ninguna esperanza, los sueños infantiles de Júnior son un refugio, una barrera, una frontera contra la fealdad de la realidad. El chico prefiere morir a volverse ese tipo de adulto, volver a sus sueños a enfrentarse con la realidad: "De pronto pienso que desde que dejé de ser Júnior no he vuelto a soñar con la sexualidad de mi madre. Comprendo que aquello era lo único limpio" (155).

Júnior es y elige ser una víctima del sistema, de esa ley que poco a poco se apodera de la isla, la ley del más fuerte, que se resume en comer o ser comido, como en el reino animal. Al cruzar el río sufre una transformación incompleta que lo hace más espectador de la crueldad ajena que verdugo. Y esto a pesar de que mata dos veces: primero accidentalmente a la chica, después voluntariamente a su amigo Bob. Deja que Yoni lo mate al final, acepta ser "carne" y participar del rito bárbaro y antropófago también, ya que el Gordo le dice a modo de broma: "¿Cómo quieres que te sirvamos mañana en este mismo local?" (154)

Júnior, al perder parte de su inocencia, representa la imagen de la gente desengañada por el sistema político que la conduce hacia el vacío, por la quiebra de una utopía, de una edad de oro simbolizada por el Menú Insular y a la que todos aspiran.

Los que ya no sueñan son los personajes más inhumanos de la novela, como Yoni que renuncia a abandonar la isla ante las dificultades de la huida, o el policía Aristóteles, o también el Gordo. Este personaje enigmático que manipula a los demás como si fuera un dios con sus criaturas, es un personaje recurrente en las novelas de Ronaldo Menéndez que apareció inicialmente en *Las bestias*, donde se presenta también como un traficante y como un autor en busca de un asunto literario. En *Río Quibú* quiere escribir una novela policiaca, y por eso elucida la muerte de Julia y ofrece la solución a Júnior. Además el Gordo refuerza su carácter de omnisciencia ya que controla todo en la isla: primero el mundo de los traficantes y, después de la muerte del General, lo legal y lo ilegal. El policía Aristóteles dice de él: "El Gordo controla a la policía, me controla a mí, controla el curso de los astros y la oscilación de las mareas" (139). Así mismo, cruza de un territorio a otro, pasa la frontera pero quedándose siempre en la sombra, en los lugares sin luz, en el caserío de las orillas del Quibú, o al final

en una discoteca del centro de la ciudad. Simboliza la economía subterránea que se apodera poco a poco de todos los sectores de la isla. El Gordo, como lo indica su nombre, tiene una relación muy particular con los alimentos: siempre está comiendo, plasmándose así en él la preocupación general de la isla. También puede ser el que alimenta a los demás, como lo hace con Júnior, sustituyendo a los dirigentes oficiales de la isla que dejan que la población sufra penurias. Para añadir otro rasgo a la complejidad del personaje, cabe decir que se interesa en la cultura de la isla, en particular en la música que está escuchando mientras come y a la que considera como un rico patrimonio que no hay que desperdiciar: "¿Sabes lo que está sonando ahora? Miguelito Cuní, la voz del ruiseñor. Hay que recuperar los viejos valores, esos que se perdieron en la utopía, aunque sé que va a ser difícil con todos los salseritos que ahora quieren subirse al carro componiendo letras infames" (143).

El Gordo se convierte así en la memoria viva de la isla, en el "contrapunto" del General, figura histórica pero inútil, incapaz de alimentar a su pueblo. El Gordo es capaz de alimentar a los demás, de otorgarles lo que desean, aunque sea clandestinamente y con una contraparte financiera elevada: se convierte en la representación del estraperlista que se desenvuelve dentro de un sistema absurdo, aprovecha las dificultades económicas para enriquecerse, o al menos vivir mejor que los demás. De cierto modo, el Gordo ha alcanzado el famoso Menú Insular, la abundancia con la que todos sueñan. A la vez espectador de los actos de los demás y actor, es un personaje que se desplaza a lo largo de la frontera entre protagonista y narrador omnisciente de la vida de los otros personajes. La única que logra escapársele, es Julia, ya que no intervino en absoluto en su muerte: "Tu madre es el único muerto del Quibú que no tiene nada que ver con mis muchachos" (152).

Así, Julia es el único ser totalmente libre de la novela, en la medida en que ningún "jefe" la manipula en la sombra, al contrario del policía, de Yoni, y hasta de Júnior. Incluso rechaza los avances del mismo General al principio de la novela y borra todas las fronteras para cumplir con sus deseos sexuales más desenfrenados. Pero esta libertad y plenitud con las que todos sueñan y que muy pocos alcanzan se paga con la vida misma: primero Julia, después todos los que quieren huir de la isla, y por último el mismo Júnior, negándose a pasar al otro lado de la frontera, al mundo deshumanizado que le brinda el Gordo, en el que impera la ley del más fuerte, en un retorno hacia la barbarie.

Al publicarse la primera novela de Ronaldo Menéndez, *Las bestias*, Plaza escribió: "Su temática (a diferencia de tantos autores que viven fuera de la isla) no es Cuba ni lo cubano, sino el ser humano, con sus contradicciones y sus obsesiones, la vida, la muerte, la memoria..."(Plaza). De algún modo, podríamos aplicar esta frase a *Río Quibú*, ya que el autor nunca menciona específicamente el lugar

donde se sitúa la novela, dejando que el lector lo adivine mediante algunas indicaciones geográficas, como el propio río, por ejemplo; y el núcleo de la historia es la investigación y el descubrimiento que hace Júnior después de la muerte de su madre. Sin embargo, las relaciones que se establecen entre los personajes y la naturaleza del tráfico nacen de una situación particular que se relaciona estrechamente con la situación cubana: la insularidad, el régimen político que acarrea penurias de todo tipo, en particular en lo que concierne a la alimentación. El mismo personaje del Gordo, en su papel ambiguo de manipulador que priva a los demás protagonistas de libertad, se vuelve el símbolo de un régimen liberticida. Así todos tratan de sobrevivir, escapando de la isla y salvando la frontera marítima, o participando en tráficos abominables que conducen a la deshumanización de una población encerrada en una trampa y condenada a devorarse a sí misma. La frontera más temible que dibuja el río Quibú es seguramente la más fácil de franquear para la humanidad, según las circunstancias que ofrece la vida: la que hace que el hombre se vuelva lobo de sí mismo.

Bibliografía

- Faverón Patriau, Gustavo. "Caníbales contemporáneos. El corpus de los comecuerpos". <http://puenteareo1.blogspot.fr/2008/05/canibales-contemporaneos.html> (Consultado en febrero de 2012)
- Menéndez, Ronaldo. *De modo que esto es la muerte*. Madrid: Ediciones Lengua de Trapo, 2002.
- _____. *Las Bestias*. Madrid: Punto de lectura, 2008.
- _____. *Río Quibú*. Madrid: Ediciones Lengua de Trapo, 2008.
- _____. "Cuando Kafka se instaló en Cuba...", entrevista de A. Vicente Palazón a Ronaldo Menéndez, en www.literaturas.com, Año VIII 2008. (Consultado en febrero de 2012)
- _____. "La historia de Cuba es un extraño cuento", entrevista de Carmen Moreno a Ronaldo Menéndez, in *Revista de Letras*. www.revistadeletras.net. 08/05/2010. (Consultado en febrero de 2012)
- _____. *Web oficial de Ronaldo Menéndez*. www.ronaldomenendez.com
- Padura, Leonardo. *Modernidad, posmodernidad y novela policial*. La Habana: Unión, 2000.
- Paz Soldán, Edmundo. "Ronaldo Menéndez, narrador caníbal". <http://www.elboomeran.com/blog-post/117/3983/edmundo-paz-soldan/ronaldo-menendez-narrador-canibal/> (Consultado en febrero de 2012)
- Plaza, José María. In Menéndez, Ronaldo. *Las Bestias*.
- Villaverde, Cirilo. *Cecilia Valdés*. Barcelona: Linkgua Ediciones, 2008.
- Zelada, Leo (compilador). *Nueva poesía y narrativa hispanoamericana del siglo XXI*. Madrid: Visión Libros, 2009.